

Elena de Paz de Castro

Universidad de Turín

Italia

HACER LAS AMÉRICAS: EL VIAJE SIN RETORNO DE UN PERSONAJE GALDOSIANO

UDC 821.134.2.09 Pérez Galdós B.

Resumen

Una de las creaciones galdosianas más singulares es la del indiano. José María Manso, Agustín Caballero, José María Cruz o Cayetano Guayaquil tienen caracteres muy diferentes, pero dan ejemplo cumplido de quienes volvieron de América con una considerable fortuna, ansiosos unos de reconocimiento social, otros de apacible retiro. A todos ellos, sin embargo, la experiencia ultramarina les procura una misma sensación, la del extrañamiento: extranjeros eran en las colonias, desplazados se sienten también al retorno, en su propia tierra. Agustín Caballero personifica un caso extremo del viaje americano en Galdós.

Palabras clave: Pérez Galdós. América. Indiano. Extrañamiento. Agustín Caballero.

Abstract

Among the Pérez Galdós's characters, there is also the type of the *indiano*. José María Manso, Agustín Caballero, José María Cruz, Cayetano Guayaquil are some of them. These self-made men have returned from America to their native country with a considerable fortune; however, this round trip has influenced on them in a very different way. Not all of them have the same expectations and purposes, nor were their social relationships alike. They embody different values and patterns of behavior. The aim of this study is to examine the case of Agustín Caballero, always foreigner and still waiting for his life to begin.

Key Words: Pérez Galdós. America. *Indiano*. Estrangement. Agustín Caballero.

¿Es esta la región más transparente del aire?
Alfonso Reyes

En el verano de 1879 Pereda escribe desde Santander a su amigo Galdós: «Sabía por los periódicos el nombramiento de su Sr. herm^o p^a gobernador militar de esta plaza; y tengo pensado, aunque no me lo encarga V. y si a ello no se opone al saberlo, ofrecerle mis respetos, aprovechando una de mis frecuentes escapadas a esta ciudad» (Ortega 1964: 76). El *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, entre otros, había publicado en mayo de ese año la designación del brigadier Ignacio Pérez Galdós como gobernador militar de la ciudad cántabra, puesto que ocuparía hasta 1881. El hermano del escritor llegaba a la Península para desempeñar su nuevo cargo procedente de Cuba, acompañado por su mujer —criolla hacendada— y seis hijos. Pasaba así a engrosar un contingente social, el de los indianos, al que algunos atribuían la capacidad de regeneración de una España cuyas glorias imperiales iban adquiriendo cada vez más amargo regusto. Probablemente Ignacio sirviera al novelista de fuente de inspiración para sus indianos ficticios, aunque no sería la única, pues Galdós tuvo ocasión de conocer y observar a algún que otro de estos nuevos ricos no solo en Madrid, sino también en Santander, lugar elegido por muchos de ellos para establecerse o como puerto de recalada¹. Tampoco hay que olvidar el origen del autor y la sensibilidad hacia lo americano que a menudo se descubre en los canarios, porque, como explica Pérez Vidal, «Canarias no ha sido, en relación con las Indias, solo una incubadora de pobladores; ha sido también una estación de preparación de lo europeo para su adaptación al nuevo mundo; un ensayo o anticipo de América; un país que ha conocido tratos —tratos buenos y tratos malos— semejantes a los recibidos por los americanos» (Pérez Vidal 1979: 159).

La cuestión de las colonias, ya lo advirtió Ángel de Río (1961: 279), está muy presente en la obra galdosiana, y el indiano, en concreto, alcanza particular significado al ser una figura que repercute en la concepción decimonónica del Nuevo Mundo. Además, durante el tercio central del siglo XIX, los problemas generados en Ultramar influyeron «en medida notable, de manera decisiva en ocasiones, en la conciencia nacional, en las formas de vida y en la sensibilidad colectiva de los españoles. En su civilización, en suma» (Jover Zamora 1992: 252). A quien se sintiera un fracasado —ya fuera de origen humilde o venido a menos—, América le brindaba la esperanza, la posibilidad de voltear la suerte y rehacer su vida. «Ya sabes —dirá el marqués de Beramendi a su amigo Guillermo de Aransis en el Episodio Nacional *O'Donnell*— que en España tenemos un medio seguro de aliviar la desgracia de los que por su mala cabeza, por sus vicios o por otra causa, pierden su hacienda. Se les manda a la isla de Cuba con un buen destino, y

¹ En 1888, don Benito señala en una de sus cartas a *La Prensa* de Buenos Aires: «... el país cantábrico, que con la emigración ha dado tan grandes elementos de vida a la civilización de América, es quizás la única parte de España que ve regresar a sus hijos, algunos viejos y ricos, deseosos de devolver al suelo patrio la savia que le quitaron al partir» (Shoemaker 1973: 301).

allá se arreglan para recobrar lo que aquí se les fue entre los dedos. España goza de esta ventaja sobre los demás países: posee un heroico bálsamo ultramarino para los males de la patria europea...» (c. VIII). Se llamara Cuba, Chile, Perú o Filipinas, siempre había una Jauja donde recuperarse. Los indianos que aparecen en las novelas de Galdós son de muy diversa calaña y la percepción que de ellos tienen los demás personajes se ajusta a los rasgos con que cada uno está perfilado. Sin embargo, podrían identificarse una serie de lugares comunes que se van repitiendo cuando entran en escena. El indiano es el extravagante; hay algo en él que lo hace raro, peculiar, que lo convierte en «otro», distinto al resto de individuos de la sociedad donde intenta acomodarse. Otridad que tiene que ver con la idea, viciada por la ignorancia y los prejuicios, de la España colonial como tierra de bárbaros, donde la civilización todavía no ha hecho mella y el desconcierto moral cunde por doquier. Es ese salvajismo del que parecen haberse contagiado los hombres que retornan de América². El extrañamiento puede considerarse recíproco, ya que muchos de los indianos sienten también que el medio al que creían pertenecer les resulta ajeno, y paradójicamente ellos mismos suelen reivindicar su idiosincrasia.

En Galdós, las relaciones sociales de este verdadero *self-made man* vendrán mediadas por el recelo que sienten los demás hacia él: la desconfianza natural ante lo extraño —vencida a menudo por una curiosidad malsana— cuando no la sospecha de una fortuna labrada de modo ilícito. Quien volvía de América con las manos vacías o bien era un incapaz o bien una persona demasiado honrada. Uno de los «clientes» de Francisco Torquemada había tenido algunos destinos en la Península y en Ultramar y no trajo mucho de allá «porque era hombre de bien» (*Torquemada en la hoguera*, c. VI), al igual, por ejemplo, que Francisco Penáguilas, padre del Pablo de *Marianela*, o el conde de Albrit, que retornó del Perú sin «el polvo amarillo que fue a buscar» (*El abuelo*, jornada I, escena I). Es elocuente el comentario que hace Pelegrín Mendrugó frente a la eventualidad de esta suerte adversa: «¡Vaya, vaya! Venir de las Américas con el bolsillo flaco...» (*El tacaño Salomón*, acto I, escena II)³. Por las páginas de Galdós pasa también el sujeto del que nadie sabe a ciencia cierta si ha vuelto o no con capital (*Amadeo I*, c. V), aunque, por supuesto, abundan aquellos que de verdad consiguen un saneado patrimonio, y no es siempre leyenda negra la forma en que lo han alcanzado. En el Episodio de *Cánovas*, Tito Liviano se despachaba con desabrido juicio acerca de cuantos pululaban por la corte de Alfonso XII⁴:

² Para la relación entre el «salvaje» y el indiano en Galdós, véase Delgado (2000).

³ A propósito de la acepción de *indiano* que registra el *Diccionario* de la Real Academia, 'Dicho de una persona: que vuelve rica de América', el *Diccionario Histórico del Español de Canarias* precisa que «el significado canario no siempre implica la idea de 'riqueza' en el que vuelve de la emigración a América, sino que simplemente se refiere al hecho de regresar tras una estancia de trabajo en el Nuevo Continente» (Corrales 2001: 819). Por lo que hemos podido observar, Galdós emplea el término ajustándose normalmente a la definición académica.

⁴ También del mismo Tito, Galdós adelanta una experiencia ultramarina: «Errante anduvo de un hemisferio a otro; fue empleado en Cuba, empleado en Filipinas, periodista que jamás obtuvo recompensa, escritor que no llegó a conocer el galardón de la fama. Siempre oscuro y desconsiderado, en sus retornos de América y

Me cargaban los hombres jactanciosos y vacíos que se habían elevado de la pobreza cesantil a las harturas del presupuesto, gentes por lo común holgazanas, marimandonas, atentas no más que a encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático. Me reventaban los condes y marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por don Amadeo y don Alfonso del montón de indios negros, de mercachifles enriquecidos o de agiotistas sin conciencia. Me encocoraban los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral entregábanse al servilismo palaciego y monárquico. (c. VII)

Entre arribistas y especuladores, serviles y vanidosos, salían a relucir los «indios negros», binomio al que Galdós ya había recurrido con anterioridad. Se habla en *O'Donnell* de «especular con los desembarcos fraudulentos de carne negra» (c. VIII), y en *Amadeo I* la alusión a la esclavitud iba dirigida contra un personaje real, el marqués de Manzanedo, enriquecido en la otra orilla con negocios un tanto oscuros: «*El Imparcial* señaló las casas donde no lucían colgaduras, y aludió claramente a Manzanedo, hablando de un palacio que debía ostentar en los florones de su escudo *Tabaco Virginia o Kentucky, y algunas motas de ébano*, representativas de la compra y venta de negros en Cuba» (c. III). Del tabaco que «da la Vuelta Abajo, y la Vuelta Arriba» es también la herencia de los hermanos Águila (*Torquemada en la cruz*, c. I). Y a Sánchez Botín se le había quedado entre las manos el olor del «dinero amasado con sangre de negros esclavos» (*Lo prohibido*, c. XXV). Además, la fortuna de José María Manso, uno de los indios por excelencia de Galdós, se asienta en parte sobre una ocupación tan poco noble como la de azotar esclavos (*El amigo Manso*, c. XV). Aunque no todos han medrado de la misma manera. En *Marianela* y *La de Bringas* aparece Teodoro Golfín, médico para quien América es lugar de desarrollo profesional, que le proporciona dinero y fama (Quevedo García 1993: 488).

Cuando esos hombres ignotos, a quienes el destino hizo osados, regresan a su patria, sienten que para ellos comienza una nueva vida. Atrás dejan los años de peregrinaje, de tutearse con la muerte, de combates, cuyas huellas indelebles llevan no solo en el corazón: Cayetano Guayaquil tiene «ese color moreno y lustroso y esa áspera piel que indican grandes fatigas al influjo y la acción del fuerte sol de los trópicos» (*Rosalía*, c. II) y el mal color del rostro de Agustín Caballero es «color de América, tinte de fiebre y fatiga en las ardientes humedades del golfo mejicano, la insignia o marca del apostolado colonizador» (*Tormento*, c. V). La fisonomía de Manso refleja asimismo penalidades: «Su cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán que permitía ver lo amarillo de los tegumentos bajo el tinte resinoso de la epidermis» (*El amigo Manso*, c. VIII). Para ellos, la vida en América está estrechamente ligada a la naturaleza, grata a los sentidos pero hostil hacia el ser humano. Esta

Oceanía vivió pobre en Madrid...» (*Amadeo I*, c. V). Como don Benito puso fin a sus Episodios Nacionales con los primeros años de la Restauración, esa historia de Tito Liviano quedó solo vagamente trazada.

presencia feraz entraña un rigor constante. «Siempre vi en Caballero una vigorosa constitución física, medio vencida en ásperas luchas con la Naturaleza y los hombres», se lee en *Tormento* (c. V) y más adelante el propio Agustín Caballero reconoce que ha pasado años, ensimismado, «al pie de enormes volcanes, junto a ríos como mares trabajando como se trabaja en América» (c. VIII). Por su parte, Pepe Cruz advierte: «Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza» (*La loca de la casa*, acto II, escena XII). De ruda y primitiva se tacha también la vida de Jacobo Mendrugo allá, en el Gran Chaco (*El tacaño Salomón*, acto I, escena XIV).

La existencia dura, inconfesada, de estos emigrantes acaso tenga que ver con la necesidad de redención que manifiestan al inaugurar su vida europea. Reconciliación imperativa del alma que marca una nueva biografía. En este sentido, Galdós ofrece en Agustín Caballero un modelo poco acostumbrado, que deja para otros la «alquimia al revés» apuntada por Montesinos⁵. A diferencia por ejemplo de José María Manso, no busca la fama una vez conseguida la riqueza y de ahí que no aspire a carrera política alguna. A la *res publica* se acercará solo en función de mero espectador. Tampoco es como el «pedazo de barro engastado en oro» Cayetano Guayaquil o como el mezquino José María Cruz, afanado en aumentar su fortuna y convertido en benefactor muy a su pesar. Caballero se muestra generoso y caritativo —muchacha de su filantropía la acapara Rosalía de Bringas—, pero se cuida de no malgastar la hacienda que tantos sudores le ha costado. No entraría, pues, en el grupo de los «indianetes sin seso» que se critican en *La desheredada*. Agustín intenta rescatarse y al mismo tiempo mitigar en lo posible su condición de extraño, fundando el sentido de su nueva vida en el bienestar, la legalidad y el orden; quiere despojarse de la anarquía, a la cual se entregó en América, y lograr el ideal de la moderación y la justa medida, una ambición típicamente burguesa. Le apetece la calma y el silencio, y rechaza cualquier tipo de discordia o violencia, así como «toda voz desafinada». El orden será bálsamo para curar los años difíciles transcurridos en la frontera mejicana:

¡Y qué confusión de intereses, qué desorden moral y social! Americanos, franceses, indios, mejicanos, hombres y mujeres de todas castas, revueltos y confundidos, odiándose por lo común, estimándose muy rara vez... Aquello era un infierno. Allí el amancebamiento y la poligamia y la poliviría estaban a la orden del día. Allí no había religión, ni ley moral, ni familia ni afectos puros; no había más que comercio, fraudes de género y de sentimientos... (*Tormento*, c. IX)

Ante ese descabalamiento que tanto le disgustaba, y ya acaudalado, Caballero decidió que era hora de volver a «la vieja España, pobre y ordenada» (*Tormento*, c. IX), donde, pensaba melancólico, encontraría la paz tan ansiada. Quién le iba a decir a él que

⁵ El crítico veía en el indiano finchado al «practicante de esa alquimia al revés que consistía en gastarse muy buenos dineros en falsos oropeles» (Montesinos 1980: 29).

esta ilusión se revelaría en su patria una esperanza vana, fruto de la idealización que promueve la distancia.

Tras una larga estancia en América en que consumió los mejores años de su vida rodeado de extraños, entre el comercio y la aventura, el cajón del dinero y el rifle, Agustín Caballero llega a la España isabelina en los umbrales de la revolución. Falto de salud y ahíto de tristeza, desembarca primero en Cádiz y después se encamina a Madrid. No ha obtenido su patrimonio en la Perla de las Antillas, sino en México, al igual que Cayetano Guayaquil, el indiano de *Rosalía*. Ambos vuelven a la misma edad, cuarenta y cinco años, y cargados de riquezas, pero son personajes de catadura moral bien distinta. Guayaquil emparenta con esos que «se figuran que las riquezas adquiridas allá les dan, por arte desconocido, las muchas cualidades de que absolutamente carecen y se creen ellos muy a pie juntillas que solo por ser indianos y ricos son amables, discretos, sabios, elegantes y merecedores del favor, del cariño y de la admiración de todo el mundo» (*Rosalía*, c. II). La etopeya recuerda la de Jacobo Mendrugo, que hizo fortuna en Buenos Aires y «al verse rico, creyó que el oro bastaba para presentarse ante el mundo civilizado como persona sociable, digna de todos los respetos» (*El tacaño Salomón*, acto I, escena XIV). Caballero no comete la torpeza de jactarse de sus riquezas, no se siente digno de admiración ni tampoco quiere representación social. Por eso, no le sucede como a Guayaquil o a Mendrugo, a pesar de que también muestre poca inclinación al trato con las personas y desconozca las reglas más elementales de la cortesía. Lo que en aquellos se castiga con el desprecio, en Caballero se considera pecado venial y se le tacha de tímido o de poco avezado con los intríngulis cortesanos⁶. Es un hombre respetado al que no le perturba su tosquedad, ya que, afirma con sencillez, «las asperezas de esa vida primitiva entorpecen los modales del hombre; pero le labran por dentro» (*Tormento*, c. VIII). En verdad, Agustín propende más al soliloquio verboso que al diálogo, lo que contribuye a destacar su carácter individualista, solitario, casi huraño.

La religión, el Estado y la familia constituyen para él los tres pilares fundamentales de una sociedad armónica, pero su prurito de orden y regularidad alcanza otros ámbitos más prosaicos de la vida. Si el bárbaro Guayaquil a duras penas sabe leer y escribir, «lo primero con no muy grande ligereza, lo segundo con completa anarquía de sintaxis y ortografía» (*Rosalía*, c. II), Caballero, a pesar de que los pocos libros que maneja son los mayores, se afana por escribir bien. Sus papeles, antes abonados de incorrecciones, son ahora dechado ortográfico. Asimismo, la suntuosa casa que monta en Madrid —según el uso inglés— refleja no tanto el buen gusto como el espíritu templado y práctico de su dueño. Con ella, Agustín fortalece su arraigo en la metrópoli. Volver a América no entra

⁶ La simpatía hacia Agustín Caballero prospera también entre muchos lectores. «Una de las más hermosas creaciones de Galdós», anota Sainz de Robles, algo muy parecido Federico Sopeña: «Una de las más originales y nobles criaturas de Galdós» y, por ejemplo, Ortega Munilla escribe: «Don Agustín, a quien yo quiero como un amigo».

en sus planes; ese es ya un periodo cumplido. Ha regresado a su patria para establecerse definitivamente —como, por otra parte, la mayoría de los indios galdosianos—, sin sentir apego, ni mucho menos nostalgia, por la tierra que lo vio medrar:

Aquella ciudad de pesadilla, aquella Brownsville, que no es mejicana ni inglesa; donde se oyen mezcladas las dos lenguas formando una jerga horrible, y donde no se vive más que para los negocios; pueblo cosmopolita, promiscuidad de razas; aquella ciudad de fiebre y combate, no podía ofrecerme lo que yo necesitaba. (*Tormento*, c. IX)

Por la índole de sus negocios, Caballero no podía tener allí residencia fija. La compra de la casa madrileña es, pues, otro elemento que ayuda a poner orden en su vida. El indio posee al fin un hogar, un espacio propio que él mismo se encargará de decorar, arreglando todo a su manera, solo para su disfrute y el de su futura familia. El *tour du propriétaire* que hace con los Bringas, Amparo y Doña Cándida tiene más de compromiso que de complacencia vanidosa. «La borghesia si appesantisce, perde purezza e grazia, s'ispessisce di curiose superfetazioni —señala Mario Praz a propósito de los interiores burgueses de finales de siglo—; l'Apollò del Belvedere indossa la veste da camera, infila le pantofole e impugna la pipa» (Praz 2002: 1.251). O como dice de forma más castiza Rosalía, a quien tal abundancia le ha provocado malestar físico: «¡Vaya, que estaba todo bien recargadito!» (*Tormento*, c. XXVII). Entre tantas comodidades, lujos y adelantos insospechados (ducha, grifos, cocina inglesa...), la nota primitiva la ponen jarroncillos y pisapapeles de jaspe y unas figuritas mejicanas en cera y trapo que Agustín conserva en su despacho como recuerdo de su pasado americano. En esta casa todo ha de estar en su sitio y todo ha de hacerse a horas fijas. Hombre madrugador, Caballero procede con método: los paseos a caballo, las comidas, el café de los domingos con los amigos, la correspondencia... Hasta la misa, pues ahora, «sincero católico», acude con regularidad a la iglesia, y cualquiera que fuera el credo que profesara en aquellas lejanas tierras, atrás quedó.

¡Qué contraste con el principal de José María Manso! Este no ha conseguido desprenderse completamente de su vida anterior, ya que ha traído consigo a su familia cubana: mujer, tres hijos, cuñada y suegra, amén de criados y algún que otro exótico animal. Parentela inadaptada que siempre devuelve a Manso a un desbaratado mundo, reflejo del alma de estas criaturas nostálgicas e indolentes. Llama la atención que todos los relojes en la vivienda de Manso estén desacompasados. Galdós utiliza con frecuencia la imagen del reloj viejo, parado o atrasado para simbolizar el desorden vital. Así, en la salita donde se consumaban los amores ilícitos de Fortunata y Feijoo descansaba un reloj dorado que «no había sabido nunca lo que es dar la hora» (*Fortunata y Jacinta*, parte III, c. III); o el reloj de la consola de Isidora Rufete, «de estos que ni por gracia mueven sus agujas una sola vez» (*La desheredada*, parte II, c. I); o el *remontoir* del ignaro

Constantino Miquis que siempre andaba para atrás (*Lo prohibido*, c. XXIII). Todos muy distintos del solemne y puntual reloj de Caballero, «hermoso bronce parisiense de estilo egipcio» (*Tormento*, c. XXI), que terminará sus días venido a menos, porque cabe suponer que es el mismo que el novelista nos describe después adornando la chimenea de la liviana Refugio Sánchez Emperador: «Un reloj de bronce muy elegante alternaba indignamente con dos perros de porcelana dorados, de malísimo gusto, con las orejas rotas» (*La de Bringas*, c. XLV). *O tempora, o mores!*

Aparte de su familia, los Bringas, pocos frecuentan la casa de Caballero. El «brutote», como mordazmente lo llama Rosalía, tiene amigos contados: el comerciante Hipólito Cipérez, a quien conoció en América, y la «ilustre trinidad» compuesta por el viejo Arnáiz, el banquero Trujillo y Fernández, y el corredor de cambio catalán Mompous y Bruil; los tres «eran personas de la más exquisita formalidad, de excelentes costumbres y con crédito firmísimo en la plaza» (*Tormento*, c. XXII). Compárense estas amistades, por ejemplo, con algunos de los individuos que concurren a las veladas de Manso: Federico Cimarra, tarambana redomado, el oráculo ministerial Ramón María Pez o Francisco de Paula de la Costa y Sainz del Bardal, poeta-funcionario «pariente lejano de las musas». Arnáiz, Trujillo y Mompous son los tertulianos con quienes Agustín se anima en discusiones sobre la política del país, mostrándose partidario de la Unión Liberal y apoyando aquellas facciones que intentan «reconciliar las instituciones históricas con las novedades revolucionarias» (*Tormento*, c. XXI). Se declara además fervoroso librecambista, signo de los tiempos de un capitalismo liberal en auge.

Bajo su apariencia serena, Caballero esconde el anhelo de formar una familia que le procure alegría y un retiro confortable. Afirmación, al fin y al cabo, del mundo burgués en que pretende participar. Él cree que el matrimonio y los hijos serán buena cura para el tedio vital que lo embarga, efecto que los nuevos negocios emprendidos en Europa no surtieron. Caballero marchó solo a América, allí la soledad se convirtió en su única compañera fiel, y de la misma manera regresó: «Amigos pocos, familia ninguna» y añade más adelante que «la corrupción de costumbres, propia de un pueblo donde el furor de los cambios lo llena todo, hace imposible la vida de familia» (*Tormento*, c. IX). Cuando el juicioso indiano conozca a Amparo Sánchez Emperador, la muchacha protegida por su prima Rosalía, sabrá que es ella la esposa con quien tantas veces ha fantaseado, la mujer adecuada para compartir su ideal de amor, a la inglesa, «hondo, seguro y convencido» (*Tormento*, c. XXV), un amor en realidad más doméstico que pasional. Amparo reúne todo lo que él ansía: virtud, belleza e inocencia. Le agrada también la conformidad de ideas de la joven con las suyas: «A mí lo que me gusta —dice ella— es la tranquilidad, el orden, estarme quietecita en mi casa, ver poca gente, tener una familia a quien querer y quien me quiera a mí» (*Tormento*, c. VIII).

La inocencia femenina que encandila a Caballero es quizá la que no descubrió en América, a pesar de que el imaginario popular atribuyera a esta tierra y a sus gentes — en particular, a la mujer— tal condición. Acaso una inocencia ambigua por aunar la falta de discreción y la de pecado. Sin embargo, el destino le depara al gentilhombre un cruel desengaño, pues esa inocencia que él presupone en Amparo no existe. La joven la perdió tiempo atrás por sus amoríos con el capellán Pedro Polo. Y esto será precisamente lo que lo aparta de la rutina y de su quietud casera, restituyéndolo a la acción; la falta de Amparo se convertirá en un potente revulsivo. Cuando Agustín se entera del secreto, pasa de la incredulidad a la ira más exaltada y al despecho que da la certeza de la traición. También llegan los reproches a sí mismo:

¿Por qué no te quedaste en Brownsville, bruto? ¿Quién te mete a ti en la civilización? Ya lo ves... a las primeras de cambio ya te han engañado. Juegan todos contigo, como con un rapaz o con un salvaje. Cuando desconfías, te equivocas. Cuando crees, te equivocas también. Este mundo no es para ti. Tu mundo es el Río Grande del Norte y la Sierra Madre; tu sociedad las turbas de indios bravos y de aventureros feroces; tu trato social el rifle, tu ideal el dinero. ¿Quién te mete en estos andares? (*Tormento*, c. XXXVI)

Al indiano le habían mentido. Tan afanado por tener una familia que le quisiera y le respetara, había elegido a la mujer equivocada tanto por su deshonra como por su disimulo. Él, que le ofreció con toda honestidad un halagüeño porvenir, fecundo en amor y bienes, había sido pagado con una impostura. Por eso, el descubrimiento de la tacha de Amparo resultará aún más doloroso. Bien lo sabía Thiers: «Perdonará el mayor delito confesado, antes que una trivial falta encubierta» (*Tormento*, c. XXXIII).

Tras unos primeros momentos de confusión —en los que incluso su casa se convierte en el «puerto de arrebatacapas»—, Caballero va recuperando el temperamento enérgico e independiente que lo distinguió en Ultramar. Es delante de un espejo, hablando en voz alta consigo mismo, cuando se echa en cara su fracaso. En América había pasado quince años sin mirarse a un espejo «o lo que es lo mismo, sin verme la fisonomía y sin saber cómo soy» (*Tormento*, c. V). Ahora, el cristal de azogue no le devuelve la imagen del hombre que cree ser, sino el recuerdo no tan lejano del otro, más ligado a la naturaleza que a la sociedad⁷. Y dándose cuenta de la forzada armonía y el artificio que ha construido a su alrededor, Caballero determina recobrar su salvaje albedrío en soledad, liberándose de las ataduras con que se legó al llegar al Viejo Continente: «Orden, política, religión, moral, familia, monsergas, me fastidiáis; me reviento dentro de vosotras como dentro de un vestido estrecho... Os arrojo lejos de mí, y os mando con doscientos mil demonios...» (*Tormento*, c. XXXVII). Esta dramática

⁷ Galdós volverá a traer a colación esa mirada del «salvaje» al espejo en el Episodio Nacional *La vuelta al mundo en la Numancia*, publicado en 1906. En la novela se relata cómo, para diversión de los marineros españoles, un indígena es ataviado con prendas europeas, un tanto raídas, y colocado frente a un espejo. El patagón se quedará «fluctuando entre la risa y un asombroso respeto» (c. XI).

escena pone en evidencia la desazón de Caballero. Ni es indulgente con Amparo ni mucho menos con sus propias culpas. Se recrimina su ingenuidad por haber visto en la pecadora una mujer virtuosa, su incapacidad de advertir un fingimiento y, en definitiva, el alarde de juzgarse ciudadano cabal. Ante el espejo se revela la contradicción de este personaje, frágil en su pesadumbre, vigoroso por su sinceridad. No es desde luego el mismo espejo en que se miran otros indianos: Pepe Cruz conoce el de la riqueza y a José María Manso le sirve únicamente para componerse.

El estado de agitación que invade a Caballero le impulsa a rendirse y a escapar — «Me voy, huyendo de ella y de esta sombra mía, de este yo falsificado y postizo que quiso amoldarse a la cultura viciosa de por acá...» (*Tormento*, c. XXXVIII)—, barajando, entre otras posibilidades, una que poco tiempo atrás le hubiera resultado impensable: la vuelta a América. Pero la artera Rosalía interviene a fin de evitar lo que ella considera un disparate y le recomienda que elija tierras más cercanas porque, aunque él no lo crea, necesita simplemente «distraerse». Así, cuando todo hace prever que Agustín pasará una temporada en Francia, se produce el desenlace inesperado. Al séptimo día de tribulaciones, el orgullo y la nobleza del indiano se interponen y, antes de emprender viaje, va a ver a Amparo para cerciorarse de la falta y comprobar su arrepentimiento. La confesión de la joven induce a Caballero a improvisar y lo que tenía visos de despedida se convierte en un proyecto de futuro común. Caballero no renunciará a la persona de la que todavía está enamorado (¿o quizá esta decisión es más premeditada de lo que a simple vista pudiera parecer?). Resuelto a romper con los principios sobre los que había construido su nueva vida, el añadir otra afrenta en menoscabo de su honor poco importa. La determinación de llevarla con él sorprende a Amparo, porque ella esperaba la expiación, no un repentino *Vieni fra queste braccia*. Si bien esta reacciona con el ánimo remiso y carente de brío que demuestra a lo largo de la novela, no solo con su prometido, sino también con Polo, Rosalía o su hermana Refugio. Hasta su presunto suicidio de folletín requerirá un intermediario.

Caballero se vale de la huida para encontrar la propia salvación, el mismo recurso que había empleado en otras ocasiones. Esta vez, sin embargo, parte con dinero, en compañía y hacia Burdeos, ciudad ya visitada: su ruina de principios no afecta a lo económico (a diferencia, por ejemplo, de lo que le ocurre al indiano Guayaquil); Amparo es seguramente mujer de buenas cualidades, y Francia, referente político e intelectual de la época, se promete más liberal. La vieja y desconcertada España de 1868 no puede ofrecer al indiano el remanso deseado. En el país se asiste al final agónico de un reinado y se respiran aires de revolución al grito de «España con honra». El desquiciamiento, como profetiza Rosalía, estaba cercano. No, España no era lugar propicio para que este «extenuado caminante» echara raíces: demasiada la hipocresía, demasiados los prejuicios.

Y como hará la reina Isabel meses después, Caballero marcha a Francia con su dama. Es desafío del destino que todavía sea errante y forastero. Está condenado a reanudar el viaje que empezó con quince años para hacerse un sitio en el mundo. Hasta ahora su realidad ha consistido en la expectativa de la vida verdadera; sus circunstancias han ido cambiando y ha acumulado mayor experiencia, pero su empeño resulta inútil y debe hacer cuentas con el cansancio de la edad, que merma el talante. No sabemos dónde acaban los pasos peregrinos de Agustín Caballero, porque Galdós quiere dejar su historia inconclusa. Cuando dé noticia de la pareja en la obra sucesiva, *La de Bringas*, solo dirá que por el momento está instalada cómodamente en Burdeos, que veranea en Arcachón y que gusta de obsequiar con frecuencia a familiares y amigos; el hacer cábalas sobre su posible amancebamiento es cosa de Rosalía. El novelista prefiere que el misterio continúe envolviendo la vida de este excéntrico sin remisión.

Bibliografía citada

- Corrales, C., & Corbella, D. (2001). *Diccionario Histórico del Español de Canarias*. La Laguna, Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.
- Delgado, L. E. (2000). El lugar del salvaje (Galdós y la representación del indiano). En *Homenaje a Alfonso Armas Ayala* (vol. II, pp. 303-313). Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria.
- Del Río, Á. (1961). Notas sobre el tema de América en Galdós. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV, 279-296.
- Jover Zamora, J. M. (1992). *La civilización española a mediados del s. XIX*. Madrid: Espasa Calpe.
- Montesinos, J. F. (1980). *Galdós* (vol. II). Madrid: Castalia.
- Ortega, S. (1964). *Cartas a Galdós*. Madrid: Revista de Occidente.
- Pérez Galdós, B. (1941). *Obras completas* (6 vols). Introducción, biografía, bibliografía, notas y censo de personajes galdosianos por Federico Carlos Sainz de Robles. Madrid: Aguilar.
- Pérez Galdós, B. (1984). *[Rosalía]*. Edición de Alan Smith. Madrid: Cátedra.
- Pérez Vidal, J. (1979). *Canarias en Galdós*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Praz, M. (2002). *Bellezza e bizzarria. Saggi scelti*. A cura di Andrea Cane. Milano: Arnoldo Mondadori Editore, «I Meridiani».

Quevedo García, F. J. (1993). Tres indianos en la novela galdosiana: Agustín Caballero, Teodoro Golfín y José María Manso. En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, 1990* (vol. I, pp. 479-495). Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.

Shoemaker, W. H. (1973). *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.